

muchos demócratas un paso hacia la tiranía, y decían: « Ved cómo al recibir á hora determinada á todos aquellos que se presentan, no hace mas que una reverencia seca y poco profunda. Washington reía y continuaba siguiendo las reglas modestas que habia adoptado. « Si hubiese de seguir mis inclinaciones, pasaria en el retiro todos los momentos que pudiese robar al cansancio de mi puesto. No lo hago porque creo que convenga dejar libres á todos para presentarse en cuanto lo permite el respeto debido al gobierno, respeto que no puede adquirirse y sostenerse sino conservando un justo medio entre la pompa y la familiaridad. »

XVII

Pronto le pusieron á mas dura prueba mayores dificultades. Una vez establecida la constitución, la cuestion capital para la República era el ramo de hacienda. Extremos desórdenes, deudas de la Union á extranjeros y nacionales; deudas de los Estados particulares contraídas en su nombre, pero para la causa comun, bonos de requerimiento, contratos de suministros, arriendos no resueltos, otros créditos de diversa naturaleza y origen no liquidados; y entretanto ningun ingreso seguro, ni suficiente para hacer frente á los gastos.

Muchos hombres, y el partido democrático en general, no querian que se reconociesen todas estas cargas, ni que reuniéndolas se hiciese la luz en aquel caos. Á cada Estado sus deudas, por mas desigual que fuese su distribución; y entre los acreedores, distinciones y clasificaciones, segun el origen de sus créditos ó el desembolso efectivo, que son otras tantas medidas que, bajo la apariencia de escrúpulos de justicia, no son en sustancia mas que subterfugios para eludir las obligaciones del Estado.

Hamilton, ministro de hacienda, propuso de asumir á cargo de la Union y pagar por entero todas las deudas realmente contraídas por la causa comun, cualesquiera que fuesen los que las hubiesen contraído, su origen y poseedores; imponer contribuciones suficientes para poder pagar los réditos de la deuda pública y extinguirla, y fundar un banco nacional que secundase al gobierno en las operaciones de hacienda, y que sostuviese su crédito. Este sistema, muy conforme á la probidad y á la justicia, consolidaba la union de los Estados; aseguraba el crédito americano por medio de la buena fe hacia los créditos; daba fuerza al gobierno central, atrayendo en derredor suyo á los capitalistas, al paso que le prestaba ó facilitaba grandes medios de influencia sobre aquellos y por medio de ellos.

Extraño Washington á los estudios de hacienda, no tenia ninguna conviccion personal

sobre las providencias propuestas, pero comprendia la equidad y utilidad política de ellas; confiaba en Hamilton, y sin embargo prolongábase algunas veces la discusion, turbaban su mente ciertas objeciones, y otras inquietaban su conciencia. Con todo, despues de madura consideracion, sostuvo Hamilton sus providencias, porque ademas de dar un fundamento sólido á la fe pública, estrechaban las relaciones de la administracion de hacienda con la política del Estado, y daban tambien al nuevo gobierno la consistencia de uno antiguo y bien establecido.

Así pudo ver con sus propios ojos en todos los distritos del territorio americano aquel espectáculo tan caro para él de la confianza y prosperidad. En tres solemnes viajes, en todas partes fué acogido con una admiracion reconocida y afectuosa. « Desde que hice este viaje (escribia) » principió á prosperar visiblemente el país; » el trabajo y las costumbres frugales se hacen » de moda; el pueblo está tranquilo, y ama el » gobierno general... La agricultura halla pronto » despacho en sus géneros, y el comerciante » encuentra mayor facilidad para emplear sus » fondos... La experiencia de todos los dias » parece consolidar el gobierno de los Estados » Unidos, haciéndole cada vez mas popular. La » pronta obediencia á las leyes que aquel ha » hecho, prueba luminosamente la confianza de » los ciudadanos en sus representantes, y en » la recta intencion de los hombres que dirigen » los negocios. »

Casi al mismo tiempo escribia Jefferson: « Están cumplidas las nuevas elecciones para » el congreso, y han producido pocos cambios. » Esta es otra prueba de que los actos del » nuevo gobierno causaron una satisfaccion general... Nuestros negocios continuarán prosperando, y es el resultado del progreso verdadero de nuestro gobierno, de la confianza ilimitada que tiene el pueblo en él, celoso de sostenerlo, y convencido de que una union sólida es la mejor garantia de nuestra seguridad. »

Entonces, y estando próximo á concluir el término de la presidencia de Washington, muy general fué el deseo y el movimiento para pedirle que volviese á admitir aquel cargo, temeroso el pueblo de que se pudiese interrumpir aquel orden y preciosa tranquilidad tan precarios todavía. Solo Washington era quien titubeaba. Entendimiento sereno, y por eso mismo libre y penetrante, no se hacia ilusiones; ni tampoco las espléndidas apariencias le impedían de ver los peligros mas ó menos inmediatos de la situacion.

Numerosas reuniones de ciudadanos pagáronse á pagar una contribucion en la Pensilvania, viéndose por tanto obligado á declarar Washington solemnemente que haria su deber para que se cumpliesen las leyes. La cámara de los representantes, si bien procedia siempre hacia él con respeto afectuoso, no era con todo

tan delicada, pues el 22 de febrero de 1793, día de su cumpleaños, el partido que manifestó el deseo de suspender la sesion por média hora para complimentarle, fué vivamente combatido, obteniendo tan solo una mayoría de veintitres votos.

El partido democrático, que tomaba la palabra en el mejor sentido moderno, no tuvo representante mas fiel y eminente que Jefferson, primeramente ministro, y luego émulo de Washington. Confiando en la humanidad, en la libertad y en la ciencia, y sintiendo profundamente las injusticias que sufría la mayoría de los hombres, trataba siempre de buscar el medio de repararlas y evitar su repetición. Hombre de corazón abierto, benévolo, indulgente, si bien fácil de irritarse contra sus adversarios; de mente atrevida, mas penetrante aun que previsora, y capaz de oponer al peligro eminente una prudencia, una firmeza, que adoptada mas pronto y de un modo mas general, lo hubiese tal vez evitado, admitía el poder como una necesidad peligrosa, casi como un mal contra otro mal, aplicándose, no precisamente á ponerle freno, sino á deprimirle: de toda especie de grandeza, y de toda gloria individual desconfiaba como si fuese una usurpacion amenazadora. Poniendo mucho esmero y cuidado en no equivocarse, no emitía en la asamblea ninguna cuestion superflua ó poco madura, ni tampoco comprometía su opinion y responsabilidad sin una absoluta necesidad. Antes que tener la presuncion de dominarlo todo y ordenarlo, dejaba que los grandes cuerpos del Estado, los gobiernos locales y sus propios empleados pudiesen obrar, cada uno en sus atribuciones.

Alejandro Hamilton es ménos conocido de lo que merece. Nació en las Antillas en 1757, á la edad de diez y siete años ya escribia un libro interesante; y mas tarde combatió con la pluma, con la espada y con la palabra. Á los veinte años era ayudante de campo de Washington, escribia su correspondencia, llamábase su hijo, y los demas le titulaban el *Leoncito*. Fué uno de los mas hábiles diputados en el congreso, sobre todo en el ramo de hacienda, que supo reorganizar, y cuando se retiró no habia economizado un duro, viviendo de la abogacia.

Estos dos eran los verdaderos jefes de los dos partidos democrático y federalista, y su division se hacia cada dia mas profunda, excitada por los enemigos de todo bien, los periodistas.

Todo esto no hacia mas que aumentar la natural inclinacion de Washington por la vida privada y la tranquilidad de Monte Vernon; pero la conviccion que tenia de deber emplearse en el bien público, la evidente ventaja de los negocios, y el deseo de consolidar su obra aun vacilante, contrabalanceaban en su ánimo la prudencia y la inclinacion.

Reelegido á la unanimidad, volvió á tomar la direccion del gobierno con el mismo desin-

teres y valor que la primera vez, si bien con ménos confianza, teniendo un presentimiento de lo que le estaba reservado con motivo de la Revolucion francesa, cuyo sacudimiento tenia tambien que producir su efecto en América.

XVIII

Principiada la nueva presidencia, mantúvose Washington separado de todos los partidos y de todos los actores, suspendia su propio juicio, sin mezclarse ni de las presuntuosas profecias de los unos, ni de la ciega hostilidad de los otros. « Este suceso es tan extraordinario en su origen, tan maravilloso en su progreso, y puede ser tan prodigioso en sus consecuencias, que me sorprende al contemplarle. Nadie desea mas ansiosamente que yo su prosperidad y buen éxito; nadie hace votos mas sinceros por el bien de la nacion francesa... Si las cosas concluyen como lo anuncian las últimas noticias, esa nacion será la mas feliz y poderosa de toda la Europa. Pero si bien se ha superado el primer paroxismo, temo no será el último... El rey permanece cruelmente disgustado; las intrigas de la reina, el descontento de los príncipes y de la nobleza, fomentarán divisiones en la Asamblea Nacional; la licencia popular y la sangre derramada aterrorarán á los mejores amigos del nuevo sistema. Es difícil no caer de un exceso en otro, y en este caso la nave podria estrellarse en escollos hasta ahora invisibles, y nacer de aquí un despotismo mas duro que el antiguo... si navega en una mar en donde no se descubre tierra. »

« Espero (escribia en 1788) que los Estados Unidos sabrán mantenerse fuera del laberinto de la política y de la guerra europea, y que la adopcion de un gobierno nacional les habrá hecho respetables á los ojos del mundo, á tal punto que ninguna potencia marítima, sobre todo de aquellas que tienen posesiones en América, se atreva á tratarlos con desprecio. La política de los Estados Unidos debería ser la de proveer á las necesidades de aquellas, sin tomar parte en sus litigios. Cuando ocurra entre ellas una cuestion importante y si sabemos aprovecharnos de las ventajas que nos dió la naturaleza, entonces podremos sacar fruto de su locura. »

Y en otra parte: « Siempre que alguna vez naciese la sospecha de que nosotros aspiramos al dominio de las Indias Occidentales, podéis asegurar con toda verdad de que jamas hemos alimentado semejante pensamiento. Mas que otro principio cualquiera, tiene profundas raíces en la mente americana el de abstenerse completamente de toda conquista. »

Cuando la declaracion de la guerra entre la Francia y la Inglaterra encendió en Europa la lucha que debia durar tanto tiempo, y cuando todos titubeaban en emitir una opinion que pu-

diese poner la paz en peligro, el ministerio fué unánime en la neutralidad, y Washington lo declaró así.

Las noticias eran de que todo la Europa, y la Inglaterra á su cabeza, se habia conjurado contra la Francia, mientras que los Americanos se presentaban como un reciente enemigo que mira con sospecha á un viejo padrastro. Mas como buscarse la Francia arrastrar en pos de sí en la guerra á los Estados Unidos, Washington creyó que el bien de la República exigía no mezclarse en los asuntos ajenos, y así fué que hizo observar religiosamente la neutralidad.

« Mi política es muy sencilla; relaciones amistosas con todas las naciones del mundo, dependencia de ninguna, ni mezclarme tampoco en sus disputas. Cumplir con todas nuestros compromisos; proveer á las necesidades de todas ellas con nuestro comercio, este es nuestro interes y nuestro derecho... Quiero una actitud americana y una política americana, para que se convenzan las potencias europeas de que trabajamos para nosotros y no para otros... No es una quimera el temer un desquiciamiento general de la Europa. La prudencia nos aconseja acostumbrarnos á no contar mas que con nuestras propias fuerzas, y á dirigir con nuestras manos la balanza de nuestro destino... Situados en medio de imperios que se agitan y conmueven, debemos procurar colocarnos en una posición tal que no seamos arrastrados en su ruina... Ninguna otra razon mas que la de nuestro propio respeto, y el justo esmero de conservar el honor nacional debe decidirnos á una guerra; si este país puede permanecer en paz solo veinte años, no tiene que temer á ninguna potencia, sea cual fuere, defendiendo una buena causa, pues para entónces habrán crecido sobremanera su poblacion, medios y riqueza. »

Pero despertada en los Estados Unidos la calentura revolucionaria á causa del ejemplo de la Francia, iba creciendo tambien allí, y al curso de la prosperidad que empezaba y de la moderacion general, se veía surgir la inquietad de las facciones.

Y en efecto, Washington escribia á La Fayette: « Hay aquí un partido que hostiliza las medidas del gobierno, que opone obstáculos á su marcha, quiere cambiar su esencia y alterar la constitucion. Los amigos del gobierno que desean mantener la neutralidad y la paz, los califican de monárquicos, aristócratas y violadores de la constitucion, la cual, segun su interpretacion, no es mas que un nombre vano y sin objeto. »

En tan eminente peligro Jefferson quiso salir del ministerio. La crisis era terrible y amenazadora, la fermentacion general. Continuaba siempre difícil y dudosa la guerra con los Indios. La Inglaterra, aunque deseando conservar la paz con los Estados Unidos, sostenia y aun agravaba sus reglamentos contra el co-

mercio americano, y como consecuencia, esto aumentaba la irritacion. El nuevo congreso, si bien respetuoso hácia Washington, manifestaba vacilacion en aprobar la política exterior, y elegía su presidente entre los miembros de la oposicion. El partido democrático se agitaba, hasta los mismos federalistas oscilaban; mientras se pronunciaban en el congreso palabras duras y acibaradas contra la Gran Bretaña que hacian un rompimiento casi inevitable.

Mas hé aquí que Washington anuncia repentinamente al Senado haber enviado Jay á Londres, uno de los principales federalistas, para tratar de negociaciones pacíficas. El Senado aprobó esta eleccion; pero la oposicion se agrió, porque queria la guerra y con ella un cambio de política. Sin embargo, Washington con su acostumbrada energía y resolucion sabia cambiar la direccion de los sucesos; las negociaciones podian tener buen éxito, y de este modo el gobierno esperar, mientras que si daban por resultado la guerra, podia hacerla y dirigirla él mismo sin cambiar de política, simultáneamente dispuso reprimir en el interior toda tentativa, convocó las milicias, y dió las órdenes convenientes para poner el ejército en disposicion de obrar, decidido á tomar el mando si la lucha se hacia seria. En seguida se dirigió á los distritos sublevados, y no volvió á Filadelfia sino despues de asegurarse que los rebeldes no se atreverían á sostenerla; y en efecto, estos se dispersaron á la vista del ejército, una parte del cual fué con todo acuartelada en aquellos países.

En todas partes, y especialmente en los Estados contiguos á la insurreccion, los buenos ciudadanos comprendieron el peligro y la obligacion de sostener las leyes; los magistrados mostráronse enérgicos, solícita y activa la milicia; la opinion pública se pronunció abiertamente, imponiendo así silencio á las hipócritas sutilezas de los jefes de aquellos revoltosos, y de este modo Washington cumplió con su deber, favorecido y auxiliado del consentimiento del país.

Pero por otra parte, Hamilton y Knox, cansados de la oposicion, se retiraron del ministerio, encontrándose así Washington rodeado tan solo de hombres nuevos, adictos á la verdad á su política, pero menos autorizados que sus predecesores. Jay volvió de Londres con un tratado que no resolvía todas las cuestiones, ni aseguraba todos los intereses de los Estados Unidos, pero que al fin aplacaba las disputas principales de los dos pueblos. La cámara de los representantes pidió á Washington que le manifestase las instrucciones que habia dado á su enviado, pero él se negó á ello, en razon á que la constitucion declaraba válidos los tratados ajustados por el presidente con la aprobacion de las dos terceras partes de los miembros del Senado. Con esto pareció perder la popularidad, pero él que sabia apoyarse con energía en una idea que creía sólida, y que

soportaba con paciencia las imperfecciones é incóvenientes en que hay que tropezar para salir adelante, permaneció firme hasta que el congreso aprobó el tratado, salvo una modificacion.

Como último esfuerzo de la oposicion, hicieron peticiones contra el tratado en Boston, Nueva York, Baltimore y Georgetown. La plebe de Filadelfia en tumulto recorrió las calles llevando en la punta de un palo los artículos del tratado, y los quemó con mucho ruido y voces delante de la casa del embajador de Inglaterra. Washington consultó con su ministerio si debia ratificar inmediatamente el tratado sin esperar de Londres la modificacion, declarada necesaria por el Senado, y lo hizo así: habiendo consentido mas tarde el gobierno británico en la modificacion pedida, el congreso la aceptó igualmente.

Con igual energía hizo Washington que compareciesen ante los tribunales los corsarios americanos, que con patente francesa habian apresado buques ingleses. Hicieronse varias reclamaciones; hubo algunos actos hostiles por parte de la República francesa que le acusaba de ingrato; pero él, á pesar del miedo de los liberales, armó, y supo tambien entónces conservar y respetar el derecho y la paz.

Con todo, en las reuniones públicas y en los periódicos, el furor del partido sobrepasó toda medida; de todas partes llovian por decirlo así peticiones contra Washington, cartas anónimas, invectivas, calumnias, amenazas, y hasta quisieron poner en duda su integridad. « No me hubiera nunca imaginado (escribia él) hasta estos últimos tiempos, que fuese, no diré probable, sino posible que, mientras que yo me aplicaba con penoso esfuerzo á consolidar una política nacional, una política exclusivamente nuestra, y á preservar la patria de los horrores de la guerra, todos los actos de mi administracion habian de ser pisoteados ó desfigurados del modo mas grosero y mas insidioso á la vez, en términos tan exagerados é indecentes cual apenas podrian aplicarse á un Neron, á un hambriento bandido ó vulgar malhechor. »

Porque si podia tolerar muchas cosas que le eran personales, sentia los daños que se seguian al público cuando el descontento, la desconfianza y la imitacion se siembran así á manos llenas.

« Si el gobierno y sus oficiales han de sufrir continuamente los ultrajes de la prensa, sin que esta se tome siquiera la molestia de examinar los hechos, temo no será fácil á cualquiera el manejar el timon y conservar en orden la máquina. »

Empero, los hombres honrados, y los amigos del orden y de la justicia concluyeron por unirse y comprendieron que se hacian daño á sí mismos, dejando á su jefe expuesto y sin defensa á los indignos insultos de escritores públicos de poco pudor. Hasta los enemigos llegaron á reflexionar al fin. El Irlandés Conway

habíase mostrado muy fogoso contra él; pero herido mortalmente, le escribia así: « Sintiendo dome aun con fuerzas para tener la pluma en la mano por algunos minutos, los aprovecho para manifestaros el sentimiento sincero que experimento de haber hecho y dicho cosas que han debido ser desagradables. Al fin de mi carrera, la justicia y la verdad me impelen á declarar que, á mis ojos, sois un hombre grande y un excelente ciudadano. ¡ Quiera el Cielo que gocéis largos años del amor, del aprecio y de la veneracion de estos Estados cuya libertad habéis sostenido con vuestra virtud! »

XIX

Por otra parte Washington recibió sentidas felicitaciones, adhesiones y cartas llenas de reconocimiento; á tal punto, que cuando se aproximaba el término de su segunda presidencia, en todos los distritos de la Union, hasta en aquellos en donde la oposicion habia sido mas tenaz y mas fuerte, se manifestó un deseo muy vivo de que la aceptase por tercera vez por el voto de sus conciudadanos; pero él habia resuelto otra cosa, no queriendo siquiera admitir la discusion. Aun ahora se recuerda entre las masas con ternura popular la carta de despedida al entrar en el seno de aquel pueblo que habia dirigido y gobernado.

« Queridos conciudadanos: estos consejos de un amigo anciano y afectuoso no creo que produzcan la fuerte y duradera impresion que yo quisiera, ni que contengan el curso ordinario de las pasiones, ni tampoco que impidan á nuestro pueblo continuar la via señalada al porvenir de los pueblos; pero si puedo lisonjearme que produzcan algun bien, aunque parcial y pasajero, que contribuyan tal vez á moderar el furor de los partidos, y á mantener vigilante mi país contra las intrigas extranjeras y las imposturas del falso patriotismo, esta sola esperanza compensará ampliamente mi solicitud por vuestra felicidad, que es el único móvil de mis palabras... »

« Si bien, al considerar los actos de mi administracion, no recuerdo haber incurrido en culpales intenciones, todavia estoy demasiado persuadido de mis defectos para no pensar que probablemente habré cometido muchas faltas. Suplico, pues, fervorosamente al Omnipotente se digne renovar ó disipar los males que de ella podrian derivarse, abrigando la esperanza de que mi país los considerará siempre con indulgencia, y que cuarenta y cinco años de mi vida pasados en servirle con celo y rectas intenciones, entrarán en compensacion de las debilidades del imperfecto mérito de un hombre que no tardará en volver á la vida privada. »

« Confiando en la bondad de mi patria, y animado del mas ardiente amor hácia ella,

amor muy natural por cierto en quien ve su cuna y la de sus padres durante generaciones, experimento una anticipada complacencia de mi retiro, en donde espero gozar en paz, en union con mis conciudadanos, el doble y dulce beneficio de buenas leyes bajo un gobierno libre, objeto principal de mis deseos, al paso que me prometo esperar una grata recompensa de nuestras fatigas, nuestros apuros y recíprocos peligros.»

Habia asumido Washington la direccion de los negocios en uno de aquellos momentos á la vez difíciles y oportunos, en los cuales una nacion en peligro reúne en derredor suyo todo cuanto hay de sensato y de virtuoso. Con la paz habia podido consolidar la independencia de su país, conquistada por medio de la guerra, habia fundado un gobierno libre en nombre de los principios de orden, restableciendo el imperio de estos. En lo sucesivo podia vivir contento y satisfecho, retirándose libremente despues de haber visto prevalecer su política hasta lo último (1797). Habia gobernado y sido el primero durante ocho años, período largo por cierto en un Estado democrático y naciente. En adelante tomaba raíces una política diferente de la suya; la sociedad americana parecia dispuesta á lanzarse en nueva senda, tal vez mas adaptada á sus inclinaciones; habia, en fin, llegado la hora de ceder el campo, pero despues de haber triunfado sin tener un gobierno y de hacer posible despues de él la elevacion de sus adversarios, sin poner en peligro el Estado.

Washington no tenia ambicion: su patria la necesitaba, y llegó á ser grande sirviendo mas bien por deber que por inclinacion, y hasta en ocasiones haciendo un esfuerzo penoso. Las tareas de la vida pública le pesaban; preferia la independencia de la vida privada, la tranquilidad del alma al ejercicio del poder; pero habiendo aceptado sin titubear los cuidados y fatigas que le impusiera su patria en llevarlos á cabo, no quiso aligerar el peso con ninguna especie de condescendencia hácia sus compatriotas ni hácia sí mismo. Nacido para gobernar, aunque en ello tomase poco gusto, decia al pueblo lo que creia ser la verdad y la justicia, sosteniendo lo que creia prudente con una firmeza tan constante como sencilla, y haciendo un sacrificio de la popularidad tanto mas meritorio cuanto que no estaba compensado por la embriaguez del deseo de dominar. Jefe de una República naciente, en la que prevalecia el espíritu democrático, supo merecer su confianza, y asegurar su triunfo, sosteniendo al mismo tiempo los intereses de ella contra sus propias inclinaciones, y poniendo en práctica aquella política modesta y severa á la vez, vigilante é independiente, que parece convenir tan solo al que dirige un Senado aristocrático. Ninguna otra política hubiera podido dar cima á la que obtuvo Washington, esto es, fundar un gobierno

libre por medio del orden y de la paz, por lo que no podemos ménos de creerle el hombre de Estado mas desinteresado y completo de los tiempos modernos.

Instalado en aquel dulce y tan deseado retiro de Monte Vernon, en donde pudo comprender con plena certidumbre mejor que en otra parte, que nada hay tan placentero y sublime aquí abajo como un gran corazón en una reducida casa, el héroe, aunque sereno, no podria ménos de experimentar un poco de saciedad y de descontento. Sentimiento muy natural por cierto, en razón á que, despues de una prolongada vida consagrada á los asuntos de los hombres, aun se prolonga en el seno del reposo con el cansancio de las impresiones que no quedan canceladas ni aun por el triunfo.

Esta raza feroz de Cain que hace consistir su gloria en destruir á sus semejantes y hacerse destruir á su turno, encendia entonces nuevas y sanguinarias guerras, cuya furor, despues de desolar la Europa entera, navegaba, no satisfecho todavía, al Asia, al África y á América. Previendo los Estados Unidos un ataque, prepararon un ejército, dando el mando de él á Washington, que tuvo así que ocuparse de organizarlo y nombrar los oficiales; pero la Francia comprendió que podia tener que hárselas con un pueblo entero, resuelto á poner en salvo su propia libertad contra la que ella solia imponer.

Vuelto entonces Washington á la vida privada, continuaba ocupándose de sus acostumbradas ejercicios y recreaciones, en medio de los cuales cogió un resfriado, emperó, y muy en breve murió el 14 de diciembre de 1799, á la edad de sesenta y ocho años, y en plena posesion de sus facultades intelectuales. Sus mejores exequias fueron á no dudarlo el luto de los Americanos que todos llevaron durante treinta dias, y el sentimiento general y profundo que inspiró la pérdida de este héroe. Bonaparte, que ponía freno entonces al frenesí de los compañeros de Mirabeau, y que queria persuadir no abusaria del poder concentrado en sus manos, tomó é hizo tomar el luto por Washington, y que recitase Fontanes un elogio fúnebre, en el que le encomiaba de «haber rehusado la autoridad suprema cuando el ejercicio de ella podia ser arbitrario; de no consentir en desempeñarla sino cuando se hallaba reducida á confines legales; de haberse opuesto á que se la prolongasen cuando vió que América principiaba á prosperar, y por consiguiente que no necesitaba de su apoyo; y en fin, de haber querido disfrutar tranquilo en compañía, y del mismo modo que los demás ciudadanos, de la felicidad que un gran pueblo recibiera de él.»

XX

El carácter de Washington es la armonía: el acuerdo completo entre sus palabras y sus

actos, sus escritos y su gobierno. Siempre lleva á la vista la idea del orden y de la regla, metodizando hasta la manifestacion de su misma actividad. Mas que el brio, que se ve en los revolucionarios con frecuencia, mostró exactitud, adquirida, no en las letras de que se ocupaba poco, sino en la experiencia. El elemento moral se une en él al elemento político, indicio de hombre que sabe dominarse y que lleva en lo mas profundo de su ser los sentimientos que luego se revelan en la vida exterior.

Á Franklin le decia en una carta: «Si á quien puede alegrarse de verse venerado por su benevolencia, admirado por su ingenio, estimado por su patriotismo, y amado por su filantropía, vos tenéis el consuelo de saber que no habéis vivido en vano.»

No héroe á la manera antigua, sino hombre honrado; dominado y dirigido por la idea de su propio deber, lo cumple sin pretension; recto y firme en sus convicciones, franco en obrar segun pensaba, no le asustan ni arredran los obstáculos, confiando en la Providencia. Mas fuerte que sus propias pasiones y que las de los demás, sigue invariablemente una conducta sencilla y serena; modesto y con calma, no aspira á dominar á los hombres ni ambiciona su admiracion, sino á ser su igual nada mas, ora se ocupe de su hacienda, ó rija los destinos de América. Tenia confianza en sus principios, pero era una confianza iluminada y moderada, basada en un sentimiento seguro de los principios eternos del orden social, con que sirvió á su patria con simpatía é independencia, con aquella mezcla de fe y de temor que constituye la prudencia y sabiduría en las cosas del mundo, como delante de Dios. Despues de haber luchado nueve años para asegurar la independencia de la patria, luchó otros diez para plantear un gobierno, sin que disminuyese en nada ni su confianza en la causa, ni su probidad y desinterés. Los tiempos pasados, las instituciones, los intereses, los trajes, no despertaban en él ni odio ni disgusto; su mente, su ambicion, no le lanzaban impacientes en la via del usufructo del porvenir. Estas dotes fueron las que principalmente le elevaron á la actitud de gobernar con acierto; pues la democracia necesita dos cosas para su reposo y buen acierto, esto es, sentirse apreciada y contenida, y que crea y tenga fe en este afecto y en la superioridad de los que la dirigen.

No quiero encomiarle por el valor de arrostrar la muerte en el campo de batalla, valor vulgar que tienen hasta los Negros y los bandidos; pero es lo cierto que en circunstancias solemnes supo dar el ejemplo de la mas bella y mas eficaz de las lecciones. En 1782 rehusó «con grande y dolorosa maravilla (son sus palabras) el poder supremo y la corona que le ofrecian oficiales descontentos.» El año siguiente, informado de que los oficiales, acercándose el tiempo de su licencia, debian reunirse en masa para concertarse sobre los medios que

debían emplearse á fin de alcanzar por la fuerza aquellas justas compensaciones que el congreso les negaba, manifestó en una orden del día su completa desaprobacion de los medios é intrigas de que querian valerse para obtener aquellas: convocó una reunion opuesta, en la que trató de inculcar y de vigorizar en los oficiales el justo y honrado sentimientos de su deber y del bien público; y luego retiróse de la reunion ántes que se tomase deliberacion alguna, á fin de dejarles á ellos el mérito del resultado, que fué acertado, pronto y unánime. Finalmente, en 1784 y 1787, cuando los oficiales retirados, con el objeto de conservar cierta union en medio de su dispersion y para sostenerse y apoyarse recíprocamente, intentaron formar una especie de orden caballeresca con el nombre de *Asociacion de Cincinnati*, que pudiese pasar á sus descendientes, Washington, apénas viera nacer la desconfianza en su patria, si bien personalmente se inclinase en favor del proyecto, se negó públicamente á admitir la presidencia, logrando así hacer que fracasase la proposicion de aquella sociedad.

Su casa siempre fué dirigida con estricta economía, sin afectar un desprecio por las riquezas, que es mas fácil vituperar que desdeñar (1). La costumbre que tenia de apuntar todo, le facilitaba poder verificar sus cuentas al momento. Como presidente tenia venticinco mil duros al año; pero no bastaban á cubrir los gastos, debiendo recurrir á sus propios fondos, por manera que su empleo no le facilitaba ahorro alguno, miéntras que supo con la industria agrícola elevar su patrimonio á tres millones.

La madre de Washington vivió cuarenta y seis años viuda. Vigorosa de espíritu y de cuerpo, de carácter recto, sencilla en sus costumbres, gustábanla tanto las cosas antiguas que siempre sintió ver á su hijo á la cabeza de los rebeldes. Ciertamente la exaltacion de su hijo al primer cargo de la República debióle causar grande alegría, pero no cambió con él de método ni de lenguaje; cuando iba á verla, recibíale con las mismas maneras sencillas y domésticas que usaba con él en la edad juvenil; si oía hablar bien de él callaba, ó añadia que siempre habia sido un buen hijo, y que como hombre cumplia con su deber. Cuando murió á la edad de ochenta y dos años, Washington escribia en estos términos á su hermana: «Por dolorosa que sea la pérdida de una madre, es un consuelo el que el Cielo nos haya dejado la nuestra hasta una edad en que pocos pasan mas allá, concediéndola todas sus facultades mentales y una robustez que pocos conservan á ochenta años. Reflexionando en esto, y abrigando la esperanza de que habrá pasado á vida mas feliz, nuestro deber es so-

(1) *Divitiæ et opes, quas facilius invenies qui vituperet quam qui fastidiat.* TÁCITO.